volará a las regiones del que dijo: "Soy Vida,
todo aquel que en el mundo de mi pan se alimente,
en el reino del Padre vivirá eternamente".
Y mis ojos cerrados se abrirán luminosos,
y mis labios callados cantarán victoriosos:
¡he vencido a la muerte, he alcanzado la vida,
donde no hay ni dolores, ni esperanza fallida!

María Cristina Ceballos Gutiérrez

Mérida, abril de 1944

Fábula y Certidumbre de García Moreno

Por Manuel del Alcázar

I.—Un testimonio y una sugerencia

Si es conocida en el mundo la república del Ecuador, cierto no creemos que lo sea por haber nacido en ella el nuevo Quincey don Roberto Andrade o alguno de sus descendientes...; sino porque fué la cuna del gran estadista americano Don Gabriel García Moreno, ese hombre inmenso, admirado por sus mismos enemigos cuando eran éstos lo suficientemente cuerdos como para no mirar la historia a través de las manos ensangrentadas de Macbeth.

El propio Montalvo, ese mestizo estentóreo, impulsivo, bien hablado, que, con tal de hacerse oír en sus escritos, era capaz tanto de imitar a Cervantes en su castizo estilo, como de parodiar en la vida cotidiana a don Quijote atacando a follones tiránicos—que al fin no pasaban de engendros de su fantasía—; tanto de llenarse la boca con el lenguaje sonoro de Cicerón cuando fustigaba al avieso Catilina, como de tomar poses catilinarias e incitar al asesinato del mismo Cicerón... El propio, digo, don Juan Montalvo, una vez muerto aquel que creyó tirano por haber cometido don Gabriel la insoportable bellaquería de opacar con su grandeza al escritor de Ambato, no pudo menos de reconocer los méritos de aquel a quien odió cuando vivo y veneró de muerto.

No era mal patriota don Juan, aunque sí extraviado, y le sobraba ingenio para darse cuenta cabal del abismo a que rodaba su malaventurada patria en manos de los amigos de los asesinos de García, y, lleno de despecho, escribió, entre otras, esta página vigorosa y sincera:

"¡García Moreno!, ¡qué hombre!, éste sí, ¡qué hombre! Nacido para grande hombre, sin ese desvío lamentable de la naturaleza hacia lo malo. Sujeto de grande inteligencia, tirano sabio, jayán de valor y arrojo increíbles; invencionero, ardidoso, rico en árbitros y expedientes; imaginación socorrida, voluntad fuerte, ímpetu vencedor... García Moreno adorado de un partido numeroso; apoyado en

el clero, este gigante de sotana; temido, querido por la clase militar; hombre raro, ser misterioso para las mujeres; lleno de fuerza, poder, eficacia, con vida física y moral para muchos años, cae el día menos pensado". (1)

¡Tardío arrepentimiento! Pero al menos noble reparación moral de una pristina moral incitación al crimen... (2)

Resulta por el contrario vergonzoso el hecho de que alguno de los impertinentes actores materiales de la muerte de don Gabriel, aún no harto de sangre, o tal vez—y entonces sería ello todavía más vergonzoso—con el fin de justificar lo que en su propio subconciente no puede menos de catalogar entre lo injustificable, trate de arrastrar por el lodo de las imprentas a su enorme víctima recubierta con un manto de escritos faltos por completo de ética y documentación. (3)

Y cuando el asesino se ha cansado de escribir sugestione algún inescrupuloso para que lo haga... ¡Y que, aún después de haber bajado él también a la tumba, haya legado tan innoble herencia a sus pobres descendientes... Esto es inhumano y bochornoso!

La obra de Roberto Agramonte sobre García Moreno lleva en su psiquiátrica envergadura menos idea que oro, ese mismo oro que corrió abundantemente por ciertas cantinas de Quito en agosto del 75 para embriagar a los descontentos de la justicia garciana, y lanzarlos a "una actitud criminosa y delictiva."

Y hace poco la "Revista de América" (4) se ha hecho eco de parecidas vejaciones al extinto.

¿Será que tampoco se ha agotado el oro que vino de las logias de Lima (5) para electrizar "en actitudes justicieras y libertarias" a los Harmodios a que hace referencia el señor Raúl Andrade en su artículo de la revista mencionada? (6)

---

(1) Cfr. El Desperezo del Regenerador.

(2) Montalvo se glorificó con frecuencia de haber sido el autor intelectual del seis de agosto; Mi pluma lo mató, solía decir él mismo hablando de García Moreno. Su obra más soez y exaltada es "La Dictadura Perpetua", publicada en Panamá, en que abiertamente instiga el periodista al asesinato.

(3) Entre otros escritos de Roberto Andrade insultando a García Moreno o tratando de justificar su actuación homicida, puede citarse el seis de agosto y ¿Caín?

(4) Cfr. Nº 1, enero de 1945; págs. 126-129.

(5) Según Herrera, en los bolsillos de Rayo se encontraron billetes de Banco de Lima. Por otra parte, consta de la correspondencia secreta que mantuvo Polanco con la Logia de Lima, y uno de los victimarios hizo más tarde a la misma Logia ciertos reclamos... Sobre la participación de la masonería en la muerte de García Moreno puede verse la obra documentada de J. L. R. "Historia de la República del Ecuador", t. II, págs. 625-628.

(6) No está comprobada por la historia la concurrencia de las dos conspiraciones diferentes en el asesinato de García Moreno, a que se refiere el articulista. Lo que de ningún modo pertenece a la verdad, es su aseveración gratuita en contra del ilustre general Salazar, amigo íntimo y sincero del Presidente y su ministro de guerra: a este respecto puede verse lo que un historiador tan imparcial como el francés Leghuir afirma. L. Loc. cit. págs. 629 y ss. Esta calumnia contra Salazar fué urdida por el director de las dos conspiraciones, el infame doctor Manuel Polanco, quien pretendió inculpar al ministro de guerra como instigador de la conspiración fraguada por unos cuantos militares retirados del ejército y a cuyo frente se hallaba el exgobernador de oriente, Faustino Rayo. Según las declaraciones posteriores de los reos consta que uno de los primeros actos revolucionarios después del asesinato consistía precisamente en la prisión de los generales Salazar y Sáenz. Además, entre innumerables escritos que demuestran lo infundado de la acusación contra el general Salazar, inventada, como dijimos por Polanco, y extendida en el extranjero por Roberto Andrade, puede verse el más serio de ellos. Defensa documentada del general Francisco Javier Salazar.

II.—La Fábula

Fábula y certidumbre de García Moreno se intitula el artículo que ha aparecido en el primer número de la "Revista de América" (7). Supone el autor, señor Andrade, que no se ha llegado a la certidumbre. Y en bastante menos de cuatro páginas hace la luz. Lo primero, hecha por tierra, si no todo cuanto se ha escrito hasta ahora, al menos lo que parece conocer el articulista sobre la que él mismo llama "personalidad compleja, varia, tan rica en tonos y en matices... de don Gabriel García Moreno."

A Berthe lo llama exégeta fantaseador e inescrupuloso; a Manuel Gálvez, su malogrado novelista.

Francamente, deseáramos alguna documentación escrupulosa que probase la fantasía de Berthe; pues este escritor aduce algunos incontrovertibles documentos (8), al par que el señor Andrade no aduce ninguno. Por lo demás, exégeta no significa propiamente hablando historiador ni biógrafo, como parece entender el señor Andrade; se refiere esta palabra al fiel expositor o intérprete de la Sagrada Escritura: así se expresa el diccionario de la lengua. Pero, aún tomándola en un indulgente sentido traslaticio, pensamos que no está bien en manera alguna añadirle los consiguientes epítetos; pues, decir que un escritor es exégeta—o intérprete fiel—y afirmar al mismo tiempo que es fantaseador e inescrupuloso, es tan paradójico como afirmar que el señor Andrade carece de fantasía.

A Manuel Gálvez lo apellida, sin más, novelista; al paso que un poco más abajo parece brindarnos el señor Andrade el descubrimiento de que Zweig es un biógrafo de cuerpo entero, gran psiquiatra, escritor y crítico. Más, ¿por qué el escritor argentino será calificado de malogrado?, ¿tal vez porque se metió a novelista y salió un biógrafo tolerable de García Moreno? Cierto, la obra de Gálvez no ha sido aún estudiada críticamente. En nuestro concepto, no es una obra de primera mano, ni científicamente documental: pero generalmente sus narraciones se mueven en el plano histórico trazado por autoridades competentes de la biografía de García Moreno, y orienta la figura del biografiado, conforme a sus características personales y a los acontecimientos políticos y religiosos de su época. Podemos decir que es la obra de vulgarización más seria y agradable de las que, hasta ahora, se han escrito sobre el Presidente mártir: en ningún modo definitiva; pero tampoco merece llamarse simplemente novelezca.

En cuanto a los acres inciensos que le quema al tercero y último de los exégetas que ha leído el señor Andrade, bien quemados están y allá se las haya Agramonte con quien también debe conocerlo que hasta le imita en sus síndromes de caso clínico... Ya se me había ocurrido alguna vez que fué harto malaventurado el escritor cubano el día en que se le ocurrió meterse a fabricante de su marioneta grotesca, movida por ignotos resortes de tramoya interior, o a confundir Ginebra con Génova, que es peor.

---

(7) Cfr. Nº 1, Año 1, enero 1945, págs. 126-129.

(8) No queremos decir con esto que la obra de Berthe, sea definitiva; adolece ciertamente de excesiva admiración por su héroe. Algunas fallas tiene que pueden llenarse con documentos que han ido apareciendo luego; más no por ellos carece de mérito, ni en modo alguno puede ser calificada de inescrupulosa. Puede verse el interesante juicio que dá sobre él Manuel Gálvez en el prólogo de su obra, págs. 8-10.

Concluye su primer gran párrafo el escritor de América con esta apódosis grandilocuente:

"Así (en manos de tales biógrafos, carentes de la garra crítica de Raúl Andrade), don Gabriel expía su delito de celebridad en covachuelas de antiguallas y policromadas estampas religiosas (se refiere a Berthe), o bien sobre la mesa de anfiteatro anatómico, por cuyas claraboyas se cuela esa neblina soñolienta, tan favorable a los aparecidos sin licencia"; ¡Ahora sí que habló correctamente!; y que se aguante con paciencia don Roberto Agramonte, para quien van dedicadas estas postreras flores.

Sin ninguna transición, ni idea a que se refiera, continúa el señor Andrade, después de un paciente punto aparte.

"El mismo final luctuoso (9), (parece que Andrade se duele y vierte lágrimas al recordar este final) de don Gabriel, trazando una pirueta en el aire en acrobática despedida (creemos que esta es una manera poco reverente de recordar la muerte de quien ha sido capaz de excitar el llanto del escritor) entre el relucir de los parabólicos machetes y el estruendo de los inofensivos y sonoros pistolones románticos, coloca una cabal cimera de tragedia sobre su torva actitud espectral, enigmática y oprobiosa."

¡Eso sí que está interesante lo de los inofensivos pistolones! Tan inofensivos como el que desde la negrura de la selva de Berruecos hizo desplomarse a Sucre exclamando; "¡Ay, balazo!", y expirar en brazos de Caicedo...; que para el señor Andrade no parece ser todo esto sino una mera historieta fabulosa, y el vencedor de Tarqui se habrían desnucado cayendo de la mula tan sólo de miedo, por haber escuchado el estruendo de los sonoros cuanto inofensivos pistolones de Sarria, Rodríguez y Taminango...! Podríamos asegurar que, de haber heredado alguno de los pistolones del seis de agosto, estaría muy dispuesto nuestro romántico escritor a suicidarse con él a boca de jarro...

Angustiado el señor Andrade por el tópico de la fábula médica garciana, trata de rectificar conceptos tal vez auténticos y escribe este párrafo que transcribimos pidiendo mil excusas a nuestros lectores:

"¿Con qué objeto recurrir—dice—a la fábula, si bastan sus acusados rasgos y sus dimensiones de espectro, para hacer de él un prodigioso personaje shakespeareano, con su trenzado látigo feudal y sus metáicas pupilas de papa satánico, envenenador e incestuoso, que explora entre la grieta de los cráteres el hallazgo de su alma?"

Nosotros también queremos hacer unas preguntas:

1º—¿Qué lector en sano juicio ha concebido jamás la robusta figura de García Moreno en forma de espectro? Pues a don Raúl parece que el fantasma del Presidente mártir le persigue asesinándole el sueño.

¿Verdad que el lenguaje parece de Shakespeare y que así hablaba Machbeth? (10)

2º—Las frases siguientes, ¿no se aplican mejor en su brutalidad inhumana a alguno de los fugitivos del seis de agosto que anduviera rondando los cráteres del psicoanálisis para hallar a su alma alguna disculpa?

---

(9) Véase Diccionario de la Lengua: Luctuoso—triste y digno de llanto.
(10) Cfr. Machbeth, Act. II, esc. 2.

Luego el señor Andrade, tras haber echado tan grande lance psicológico, continúa y dice:

"Ruega a Dios—¿de rodillas o desafiante?—que sus enemigos se muevan para enviarlos a su cadalso erguido, siempre en espera vertical—extraño signo erotómano—de esófago sediento. Así hay que situar a don Gabriel."

Preguntamos de nuevo:

1º—El piadoso cristiano que se humillaba sincero hasta llevar con los hijos del pueblo la cruz sagrada del Redentor en los pasos quiteños de Semana Santa ¿podía haberse dirigido a su Dios desafiante?

2º—¿Podrá pensarse que quien más de una vez pidió—casi suplicante—a su enemigo el general Maldonado que no se volviera en inicuas maquinaciones contra su magnánimo perdonador, quien concedió gustoso el indulto a Endara y Espinel, solicitase de Dios—como dice Andrade—que se movieran sus enemigos para tener la satisfacción de fusilarlos? Y ya preso el reincidente Maldonado, ¿no le mandó todavía el Presidente ofrecer la libertad, y aún—según parece—proponerle la huída en Tixán, cuando lo traían preso a la capital? (11)

3º—¿Algún psicólogo podrá explicar eso del cadalso como símbolo erotómano? Si acaso, hablemos de erostracismo...

Pero hagamos más bien un alto en el comentario verbal de nuestro erudito biógrafo de cuatro páginas.

Y, puesto que luego va a afirmar solemnemente que ni en su postrer instante ha tenido suerte don Gabriel, como quiera que "los fabulistas han alterado e intentan alterar la estética y la emoción dramática de ese tránsito, mutilando su desmesurada dramática", nos vemos en el caso de hacer un poco de historia positiva, para demostrar que los acontecimientos del seis de agosto, por lo menos, están algo más cerca de la acribia y pureza histórica de lo que piensan los enemigos del Presidente mártir.

No tenemos la pretensión de ser originales, ni de decir la última palabra; la historia evoluciona, siquiera accidentalmente. Ni es nuestra intención, en tan breve espacio como el que disponemos, dar un juicio definitivo sobre la biografía completa de García Moreno y sus actuaciones políticas con frecuencia discutibles en algunos particulares.

III.—La Certidumbre

Vaya, pues, sólo una breve pero documentada narración de la tragedia del seis de agosto de 1875:

"Tratándose el 5 de agosto en el consejo de gobierno de prevenir la desgracia que se tenía por inminente, él opinó, como siempre, que debía relegarse este cuidado a la policía. No le arredraba la muerte, antes gustoso se resignaba a ella, pues sabía que su sangre no iba a derramarse sino por las nobles causas de su patria y de su religión, móviles que habían sido de toda su vida pública. Ese elevado pensamiento, reforzado por la confianza de que Dios no abandonaría al

(11) Cfr. "Historia de la República del Ecuador", por J. L. R., t. II. cap. IV; en los párrafos VIII y X, Quito, 1925.

Ecuador, le impulsaba a veces a exclamar: "¡Pueden matarme los enemigos de Dios y de la Iglesia, pero Dios no muere!" (12)

Parodia esta frase el señor Andrade, afirmando que don Gabriel no había dicho sino lo contrario, es a saber, "con arrogante soberbia, tras el insomnio cundido de sobresaltos", habría dicho: "mis enemigos están en el deber de exterminarme..."

¿Podría el ilustre historiador probar su acerto y citar el documento que atestigüe semejante aseveración, opuesta a todo lo que sabemos de García Moreno? No basta poner las frases entre comillas para que ellas sean históricas; es preciso citar algún documento fidedigno, y, cuando son dudosas, citar el contexto para que no se deforme la verdad. Nos interesaría conocer tan raro documento.

Pero prosigamos nuestra narración, que es necesario llegar al cabo de ella para probar en última instancia la falsedad histórica y la fealdad literaria de cierta afirmacioncilla final del escritor en cuestión, en la cual parece que ha sintetizado todo su obscuro pensamiento.

Sus familiares notaban que la interna preparación de la víctima para el sacrificio venía perfeccionándose por momentos. Comulgó el día 6, que era primer viernes (13), y, antes de aplicarse al trabajo, apuntó en su cartera este pensamiento: "¡Señor mío Jesucristo! Dadme amor y humildad, y hacedme conocer lo que hoy debo hacer en vuestro servicio." (14)

El encierro a que se redujo toda la mañana (15) desconcertó el primer plan de los asesinos y dió ocasión a que se entendieran para ir a esperarle a inmediaciones del palacio a la hora de despacho. En efecto, después del almuerzo, se encaminó en esa dirección, en unión de su esposa, deteniéndose luego, según costumbre, en casa de su suegro, en la esquina de la Compañía, donde sus familiares hicieron los mayores esfuerzos para detenerlo.

Despidióse—o más bien arrancóse—de su familia; abrochóse el abrigo y salió con el edecán, comandante Manuel Pallares (16), recorrió la calle de la Universidad, visitó el Santísimo, expuesto en la catedral (17) y pasó en derechura al palacio.

---

(12) Puede verse este relato en Po. cit., págs. 608 y ss. La verdad de la última frase consta de diversos documentos. Cfr. "Vida de García Moreno", por Berthe, II, XII. Véase también "Un Gran Americano", por José Leguhir, caps. 46 y 47. La narración del asesinato de García Moreno de Gálvez no creemos sea del todo precisa, pues le faltan algunos pormenores; pero en general no tiene errores sustanciales. Véase su obra: "Vida de G. G. M.", Ed. Difusión, 1942; cap. XIII, págs. 385 y ss.

(13) Cfr. J. L. R., Loc. cit. pág. 609.

(14) Cfr. Documentos particulares. Entre las más tiernas y heroicas expresiones que dejó escritas en sus últimos días puede leerse la carta en que se despide del Santo Padre; también es interesante la que dirije a su íntimo amigo don Juan Aguirre, que termina así: "Voy a ser asesinado... soy dichoso de morir por la santa fe... nos veremos en el cielo", fecha el 4 de agosto de 1875.

(15) La había pasado escribiendo su mensaje para el congreso que se reuniría el diez. Por esta razón no pudo asistir al examen de la escuela de Santo Domingo al que había ofrecido concurrir; sabedores de lo cual, los asesinos lo esperaron primero—conforme al primer plan—en la plaza de Santo Domingo para inmolarlo casi a la vista de sus familiares; luego decidieron esperarlo en las inmediaciones de palacio. El Presidente se dirigía, cuando el asalto, a la Imprenta Nacional.

(16) Cfr. Declaraciones del mismo Pallares.

(17) Lo niega Roberto Andrade, pero, entre otros testimonios irrecusables, puede verse el del doctor Ignacio Salazar, testigo presencial.

A la una y media de la tarde (18) al subir las gradas del portal, contestó los saludos que Rayo, Cornejo y otras personas le dirigieron (19). Fué subiendo los escalones, pero, no bien hubo dado unos diez pasos en el peristilo, al llegar a la tesorería, Rayo, que le había ido siguiendo de lado, le asestó con rapidez un terrible machetazo en la nuca, abriéndole una ancha herida oblícua, y dejándolo aturdido. (20)

Interpúsosele en el acto un joven mulato de nombre Daniel Cortés, que asió los brazos del asesino por la espalda, mientras unía su voz a la del edecán pidiendo socorro. (21)

Encorvado el cuerpo, el Presidente se dirigió precipitada y aturdidamente por delante hasta una puerta próxima (22), hubiera podido guarecerse allí y defenderse.

Pero los jóvenes Cornejo, Andrade y Moncayo—los de la acción justiciera y libertaria de que habla Andrade el mozo—que estaban valientemente apostados junto a la pared de la tesorería (23), le descargaban sus revólveres (entiéndase pistolones románticos) a quemarropa, y le obligaron a retroceder hacia el primer agresor. (24)

---

(18) Quizás un poco antes. No habían dado las dos, cuando el juez de letras doctor José M. Guerrero había comenzado a recibir declaraciones en su despacho, distante pocos pasos del lugar del crimen.

(19) M. Acosta añade que Rayo se puso a la izquierda del Presidente y le fué acompañando hasta que, al despedirse, dando un paso atrás, lo acometió. J. L. R., loc. cit. pág. 610, no lo cree probable; pero es lo cierto que Rayo estaba últimamente en buenas relaciones con García Moreno, a quien acababa de entregar una montura que le había encargado, pues era de oficio talabartero.

(20) Cfr. Declaraciones juradas de los testigos, proceso, folio 65.

(21) Refieren la actuación de Cortés los testigos Ulpiano Coronel, Emilio Vaca, Margarita Carrera, y el mismo Cortés en sus declaraciones; además hay otros testigos oculares, aunque otros no la mencionan.

(22) Declaraciones de Cortés y Acosta.

(23) Cortés, Morillo y doctor Gándara. Un testigo de once años, que publicó a 5 de agosto de 1934 una narración de lo que vió, y que acaba de aparecer, desgraciadamente anónima, en El Siglo de Bogotá del sábado 3 de marzo de 1945, Nº 3249, parece que sitúa a estos jóvenes en otros lugares, y dice: "Mientras éste (Rayo) acosaba al Presidente, menudeando los machetazos, un sujeto pequeño de estatura... estaba apostado en el primer arco del atrio muy cerca de los dos combatientes; y desde allí hacía tiros de revólver con cierta visible turbación y con evidente falta de tino; de ahí que, en vez de hacer blanco en don Gabriel, había herido a Rayo en el nudo de un pie. Quien así disparaba... resultó ser el joven universitario Pedro Cornejo... A cierta distancia, yendo y viniendo con agitación desde el atrio de la capilla mayor hacia la portería del antiguo Colegio de San Gabriel y disparando asimismo tiros de revólver sin dirección alguna, se encontraba un sujeto que posteriormente supe había sido don Abelardo Moncayo. Asimismo, en el ángulo de la plaza, detrás de la cruz de piedra, en actitud de acecharlo todo, estaba don Roberto Andrade, ambos evidentemente cómplices en el asesinato. En cuanto al joven Polanco, a quien yo no conocía entonces, según se me dijo, había estado en la esquina de la Concepción observando los hechos". Hay que notar que este testigo, según su propia confesión, se hallaba, durante esta primera parte de la escena, a una cuadra de distancia de los acontecimientos, por lo que no pudo precisar todas las circunstancias; en cambio, en lo que se refiere a la segunda parte—después de la caída de la víctima a la calle—la relación anónima a que nos referimos es de una precisión extraordinaria, pues el informante se hallaba subido en un árbol a 20 metros del lugar donde se hallaba tendida la víctima.

(24) De esta primera descarga hablan muchos testigos, como Morillo, Cortés, A. Martínez, Acosta y Gándara. Roberto Andrade confiesa que hirió en la frente a García Moreno con su revólver; pero esto debió ser poco después, como quiera que la bala de su primer disparo no salió, por lo que en primera instancia se contentó con golpearle el pecho con el cañón de su revólver o pistolón inofensivo. De la herida que le dejó en la frente a la víctima hablan los informes de los facultativos y el testimonio del doctor Proaño y Vega, director de "El Nacional."

Rayo, con rapidez de fiera, logra desprenderse de Cortés, a poder de heridas y de violentas sacudidas, y, dándo de paso un pincho de machete en el cuello a Pallares (25) para callar sus gritos, volvió furioso a la víctima y le descargó otro machetazo en el cuello. (26)

Su voz, sin fuerzas, rodeado de asesinos—impulsado por el instinto vital—trató de defenderse con lo que tenía entre manos (27), que era el rollo del mensaje (28), luego con el bastón que débilmente meneaba para desviar los machetazos, hasta que hubo de soltarlo. (29)

Indefenso del todo, tambaleante, fué retrocediendo frente al agresor, escudando instintivamente la cabeza con la sanguinolenta piltrafa del brazo. Logró arrimarse a una columna, pero un momento no más. Cuando se llevaba la mano izquierda a la cabeza (30), lánzanse de repente los jóvenes de las pistolas y le hacen una segunda descarga (31). Rayo, con el rostro fruncido y ensangrentado, se lanza sobre el Presidente, y de un empellón (32) lo arroja a la plaza desde el alto pretil en que se iniciara la horripilante escena. Antes de caer en el vacío, se oyó a la víctima prorumpir en un ¡ay! doloroso (33). El cuerpo fué a estrellarse de cabeza sobre las desiguales piedras del empedrado, tras una caída de casi tres metros.

Satisfechos los heridores, quedaron desde arriba contemplándolo, por si daba

---

(25) El relator anónimo de "El Siglo", parece conocer este detalle; aunque habla de una herida de Pallares, la atribuye a haberse estrellado contra una puerta. Mas parecen afirmar lo contrario y culpar a Rayo otros testigos, como Emilio Vaca y el mismo Pallares. Según Roberto Andrade, Cornejo habría advertido al edecán que se retirara, pues "nada había con él"; mas Cornejo niega haber pronunciado estas palabras que dice, fueron de Rayo. Pallares en todo caso, continuó gritando, fuera de sí, "¡Asesinos! ¡Bandidos! ¡Matan al Presidente!, lo cual hizo que Rayo interviniera contundentemente con su machete.

(26) Testigos inmediatos, Cortés y E. Vaca. La narración de esta primera parte de la tragedia, hecha por Pallares es más conforme con la tradición callejera y añade algunos pormenores olvidados por Cortés; pero por desgracia no siempre está conforme con la mayoría de los testigos del proceso.

(27) Lo atestiguan Ulpiano Coronel y Eloy Proaño Vega.

(28) El mensaje ensangrentado se conserva aún. El testigo anónimo de "El Siglo" dice que le pareció que "el agredido tenía inutilizado el brazo derecho y paraba con el izquierdo los machetazos". De ninguna narración auténtica consta que el Presidente se llevara la mano hacia donde tenía el revólver; además, después del primer golpe, quedó tan aturdido que todos sus actos probablemente hasta poco antes de expirar fueron inconscientes y mecánicos.

(29) Pallares afirma que él recogió el bastoncillo, cuando "S. E.... al defenderse con la mano para parar el golpe, recibió un corte que lo obligó a botar el bastón, el que fué levantado por el declarante para acometer a Rayo en defensa del señor agredido, y le dió dos golpes; que, a ese tiempo, se presentaron Cornejo y Andrade con revólver en mano para disparar contra S. E. y el testigo". ¿Sucedió esto antes de recibir el edecán el hurgonazo de Rayo? No queda en claro

(30) La derecha la tenía casi por completo inutilizada, y llevaba el dedo pequeño colgante.

(31) Bastante claras aparecen las dos descargas en las declaraciones de Cortés, Vázquez, E. Vaca, Camilo Novilos; Angela Sagú (hija de la covachera), Gándara, Vera y Morillo.

(32) Testimonio de A. Segú, E. Vaca y Rafael Puertas. La relación anónima de "El Siglo" dice que "por ir caminando de espaldas hacia la plaza, en llegando al borde del atrio, faltóle el suelo y cayó". Naturalmente, como el autor de esta relación se hallaba entonces todavía a una cuadra de distancia, no pudo ver todos los movimientos de Rayo.

(33) Testimonio de Margarita Carrera, la covachera.

alguna señal de vida, y uno de ellos—ya en el colmo de su exaltación—dió un tiro al aire y dijo: "¡Viva la patria! ¡Hemos matado al tirano!" (34)

Por fin, con las frecuentes descargas, empiezan los curiosos a acudir a la novedad y al lugar mismo del siniestro; pues ya de antes hubo testigos oculares en la plaza (35), en los extremos del portal, en las oficinas y calles adyacentes. Algunos se atrevieron a salir de las covachas inferiores del palacio, de la tesorería, de las oficinas de hacienda y gobernación.

Nadie sin embargo osa impedir la consumación de la terrible tragedia, amedrentados por el furor y la exaltación de los criminales.

Aún no ha expirado el Presidente. Allá abajo se mueve todavía, con una pierna levantada, (36), en sus últimos estertores. Hay que acabar la obra.

Bajan los victimarios precipitadamente la grada que da a la calle frontera al cuartel, y, al torcer para la plaza, dirigen inquietas miradas hacia el puesto de guardia (37). Cuando descendió Rayo, corrió Cortés gritando: "¡Favorezcan", que matan al Presidente!"

Entre la caída del herido y la llegada de los asesinos mediaron unos momentos, durante los cuales varios hombres del pueblo, saliendo de las covachas se animaron a rodearlo y ver de asistirlo, mientras algunas mujeres se deshacían en gritos pidiendo socorro (38)

Pero aparece de pronto Rayo, desgreñado, centellantes los ojos, la boca en una horrorosa comisura, y, levantando en alto el goteante machete, "apártense, mujeres" gritó, y agitó la hoja. Un artesano rehusa apartarse; Rayo furibundo lo increpa: "¡Retírese, ajo!, que quiero verlo muerto a este (39), y en el acto, hincando la rodilla (40), descarga golpe tras golpe sobre el indefenso yacente, apuntándole a la cabeza y al pecho. "No sea infame como Caín con su hermano Abel", grita una voz dolorida. Es otro de los artesanos que había tardado en re-

---

(34) E. Vaca. Parecidas expresiones le oyeron después los testigos Emilio Gangotena, Clotilde Bueno, Dolores Landázuri, Luz Peñaherrera y los doctores Valdivieso y Gortaire.

(35) La relación anónima de "El Siglo" dice que la plaza estaba completamente desierta. Así le debió parecer; pero de los procesos aparece lo contrario.

(36) Anotación curiosa de la relación anónima de "El Siglo". Durante esta segunda parte, el informante se encontraba a veinte metros, y pudo precisar detalles. El doctor Proaño Vega dice que, cuando levantaron el cuerpo de don Gabriel para llevarlo a la catedral y asistirlo, lo encontraron "reposando sobre el lado derecho, vuelta la cara hacia arriba; los ojos casi enteramente abiertos; el cuerpo yacía medio recogido, dobladas las corvas, como si hubiese hecho un esfuerzo para levantarse."

(37) No se ha podido establecer el orden en que bajaron los victimarios, pues los enumeran en distinta forma Cortés, Molina, Puertas y Cornejo. Al mirar al cuartel deseaban cerciorarse si Sánchez había logrado sublevar al batallón Nº 10, y estaban inquietos al constatar que nadie se movía allí. El testigo anónimo de "El Siglo" dice: "Rayo desde la esquina daba voces y como que llamaba a los soldados que hacían la guardia, pero no ví que alguno de ellos se acercase."

(38) Delante de la covacha ocurrieron escenas muy tiernas. Candorosamente exponen sus impresiones Margarita Carrera, Antonio Martínez, Vicente Monteros y Daniel Grijalva. Conmovida la tendera por la mansedumbre y tranquilidad del herido, no pudo más, y fuera de sí "poniendo las manos" se acercó a Rayo suplicándole con lágrimas que cese en su infame tarea.

(39) Margarita Carrera y Alejandro Ceballos, completa la escena Vicente Monteros.

(40) El relato anónimo de "El Siglo" dice que el verdugo se sentó encima; otros añaden que lo pisoteaba y pateaba.

tirarse (41). Y el verdugo... contestó... con tirarle una cuchillada horizontal... Ya planeaba el cintarazo oblícuo hacia el vientre del compasivo hijo del pueblo —de ese pueblo humilde que tanto amó a su jefe—, cuando una mano desangrada, con profundos desgarrones palpitantes, se levantó del suelo, erguida, noble... y sirvió de escudo al inocente obrero. ¡¡Otro tajo más! (42). Pero se había salvado el artesano, quien por evitar el toque dió tal salto que fué a caer dentro de la covacha inmediata. La ciega rabia de Rayo se acreció todavía, inagotable, acompañando los machetazos con espumarajos e improperios: "¡Defiéndete ahora!... ¡Tirano de la Libertad!... ¡Muere, jesuita con casaca!... ¡Muere, muere, muere!" (43)

Dios no muere!, se oyó, con voz valiente y sumisa, murmurar al moribundo (44).

¿Podrá imaginarse algo más solemne?

El rostro mismo de don Gabriel después de muerto, a pesar de las contorsiones que el dolor le pudiera imprimir, denotaba una soberana tranquilidad—como afirman testigos presenciales de la autopsia—una sumisión profunda a la Divina Providencia, una grandeza de alma que sólo puede comprenderse al conocer su arraigo en la fe y su amor al deber sobrenatural.

IV.—La Epopeya

¡Dios no muere! ¡Sublime!

No es ya sólo la tragedia clásica, dolorida y grande. Es el soberano poema de ultratumba, que se borda en los labios del mártir en tres palabras más grandilocuentes que la catarsis poética de Milton o los ayes desgarradores e impotentes del Edipo Rey. Es la copia humana del divino poema trágico de la cruz.

Bello es sin duda contemplar al campeón de la justicia y del derecho, al defensor de la paz verdadera de su pueblo, al gran estadista moralizador y empeñoso del progreso material de su patria, en pleno vigor de acción durante sus agitados años de presidencia. Pero mucho más sublime es contemplarlo en el instante arquitectural y estático de su muerte heroica y resignada, como cumple a fiel imitador del Maestro Divino.

Epico cuanto se quiera puede ser el último debatirse de los héroes homéricos, luchando febriles contra su adversario que lo ha derribado en tierra ensangrentado, y aún contra el hado y la ineludible Kere tan odiada; nos conmueve en verdad, con un triste desplome de nuestro espíritu disgustado sutilmente, el batallar estéril de la agonía inconforme y rabiosa del gladiador romano contra su voluntad vencido.

Más, ¿de qué subidos quilates de estética y de humanismo no es el sucumbir tranquilo del mártir cristiano que—como su Divino Ejemplar—se ha ofre-

(41) Antonio Martínez.

(42) La autopsia oficial reconoció 6 heridas de revólver y 14 de machete, de las cuales 8 eran mortales.

(43) Bedoya, Margarita, Monteros, Grijalba y otros.

(44) Lo testimonian, entre otros, Margarita Carrera y don Eloy Proaño Vega. El Chantre de la catedral, monseñor D. Pastor, antes de darle la última absolución, preguntó al moribundo si perdonaba a sus enemigos; cerciorado de ello, impartió el Sacramento.

cido a la muerte "¿por qué quiso?" ¡Morir perdonando! ¡Morir, tal vez, con la sonrisa en los labios convulsos por el sufrimiento...! ¡Pero con sonrisa cristiana, no con la del escéptico o del misántropo repulsivos; con la apacible dulcedumbre de quien acaricia un ideal solitario, íntimo, supremamente pacificador del alma...! ¡Supera mil veces a todo lo ponderable un tránsito así, en que destella el apacible y sereno fulgor de una voluntad sobrehumana que, sobreponiéndose al menguado rencor o a la gloria de la defensa varonil y audaz, es capaz de rechazar todo conato de defensa en infructuosa cuanto dulce angustia, y pone todo su ahinco en vencerse a sí misma... y perdonar, y confiar sólo en el Omnipotente!

Y exclamar con la ahogada voz, o al menos con el gesto: "Podéis matarme... Si hubiera querido defensa, rodeado hubiese andado por doce legiones de edecanes y detectives... Mas..., yo no he luchado por mí. He luchado por la causa de Dios... ¡Puedo morir yo..., pero Dios no muere!

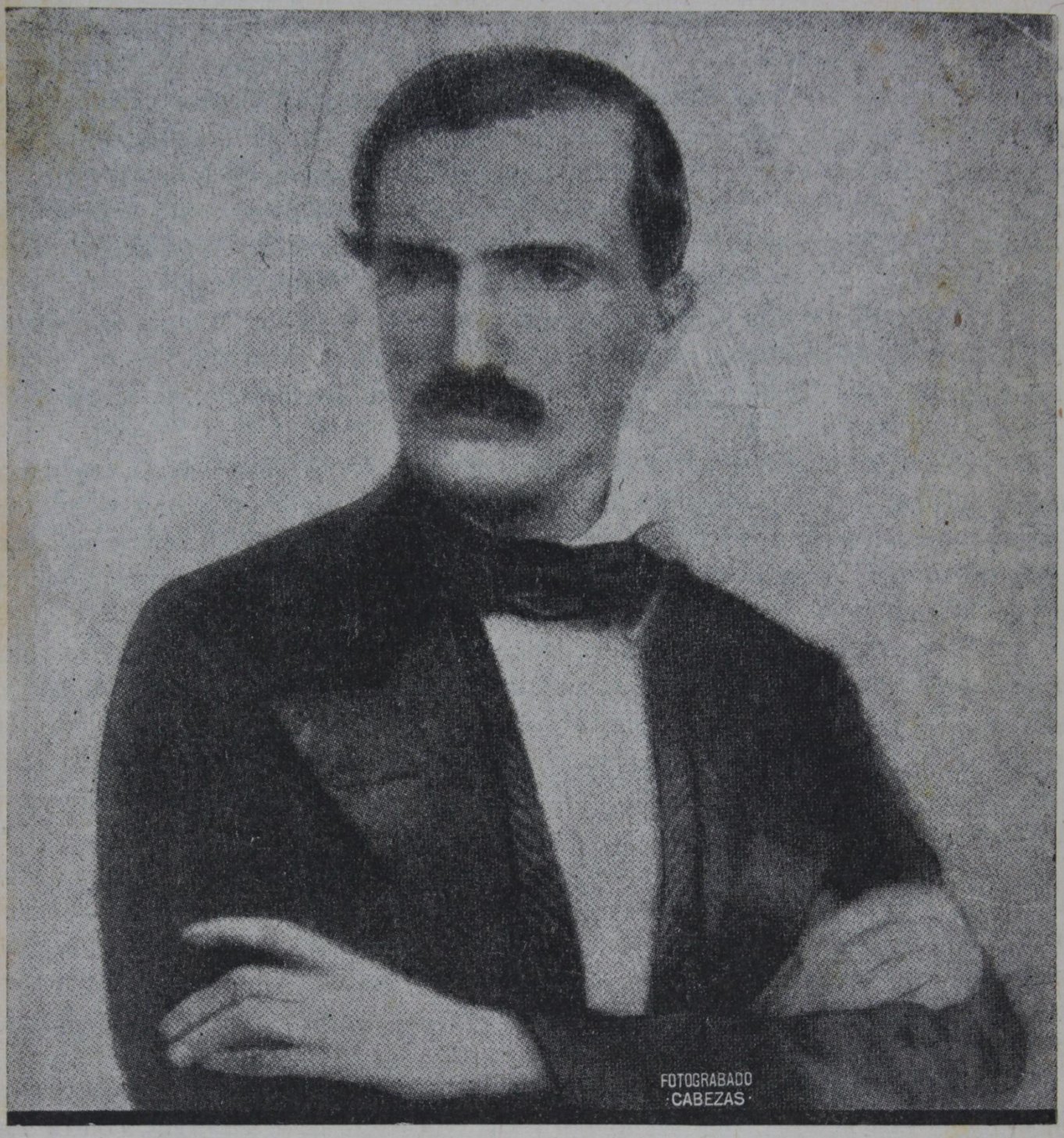
Negar la gloria de una muerte así; preferir, en el campo de la estética y de la psicología, el rabioso grito inconforme del aqueo al revolcarse iracundo en supremo esfuerzo sobre su sangre, maldiciendo al enemigo que lo ha vencido, ¿no será retrogradar la cultura del siglo XX, y anhelar por los primitivos instintos de los héroes de la edad de hierro?

Sin embargo este final no le satisface para su ídolo al señor Raúl Andrade. Prescinde de la realidad, de lo que pasó en verdad; fantaseador, con una sonrisilla de psiquiatra que le asoma por debajo del contraído labio, y que pretende ser plagiaria de algún olvidado novelista ruso, busca para don Gabriel un airón postizo—al que sin embargo apellida cabal cimera—y se empeña en colocar al mártir a la altura de sus asesinos.

"No ha tenido suerte don Gabriel en su postrer tránsito—exclama—. Los fabulistas han alterado e intentan alterar la estética y emoción de ese tránsito, mutilando su desmesurada dramática, poniendo entre sus rígidos labios sanguinolentos—que apenas sí podrían contener espumarajos rabiosos—aquella frasecita ritual, dulzona, ingenua, apta para mancebos en el final languidecente de una comedieta de monjas."

La frasecita dulzona, que le desplace a nuestro superhombre americano es la sublime aquella de "Dios no muere". Se rebela el señor Andrade contra los hechos, niega la realidad, la historia. Y afirma, afirma categóricamente, que no dijo eso don Gabriel, que eso no encuadra bien con la figura de torva actitud espectral y enigmática que se ha forjado—probablemente por relatos deformados oídos en la infancia—en su mente inspirada; que eso no debió haber dicho, no y no y no. "Si acaso blasfemaría..." Maravillosos: ahora si ya se siente el señor Andrade un genio superior por sus aguasfuertes durerianas, mil veces superior a los Murillos y Velázquez, a los Rafael y Miguel Angel y a los demás míseros autores de policromadas estampas religiosas...

Y así, con tranquilidad tan pontifical, deja el señor Andrade en la "Revista de América", "desfigurada y caricaturesca" esta figura americana apasionante. ¿No queda García Moreno más mistificado que nunca, "caricaturizado con torpe desmesura" por estos violentos chafarrinones del articulista, que lo ha ido desfigurando "como con espejos convexos de un gabinete de sorpresas...?"



Don Gabriel García Moreno

Por favor, señor Andrade, por humanidad, por arte... no se exalte con estas audacias. O, si las quiere escribir, escoja para sus tragedias, algo más "plástico", algo de más "lejanía" que la histórica figura inconmovible de nuestro gran contemporáneo.

Le aconsejo el Prometeo, o Filoctetes: pertenecen a eso que tantas veces ha nombrado usted en su escrito y que debe atraerle sobremanera, a la fábula; que no se sabe si estos entes sufrieron su tortura resignados o maldicientes. Con ellos puede usted hacer sus ensayos de imitación de Gide y de saciar la endemoniada delicia del inconformismo, darse el envenenado placer de pasar por delante de todos los valores estéticos consagrados e irles repitiendo un satánico *non serviam*. La mitología le ofrece además mil otros asuntos capaces de satisfacer al mitómano más empedernido.

O, si no, ensaye a escribir un tercer Caín... (45)

Una sola cosa le suplico: que cuando haya descrito alguna de esas vesánicas figuras, acuda a algún buen profesor crítico literario a ver si su trágica producción, aún prescindiendo de la ciencia histórica, en el mero campo de la estética, es capaz de competir aún con la mesura serena del Edipo en Colono, del ciego ya subiimado por la resignación y redimido por la piedad—obra cumbre de Sófocles—, por no hablar de las grandes producciones cristianas que han ido conmoviendo a todos los hombres normales durante siglos.

Terminamos con la frase verdadera que un día se le escapó a don Roberto Andrade: "¿Hay mayor contento que dar la mano a un amigo para que se saive de un precipicio, aunque desde luego sepamos que no se ha de mostrar agradecido?"

Acta de instalación del Instituto Cultural Costarricense-Ecuatoriano

En la ciudad de San José, capital de la República de Costa Rica, a los cinco días del mes de junio de mil novecientos cuarenta y cinco años, se reunieron en la sede de la Legación del Ecuador—siendo el señor Gustavo Monroy Garaicoa el Representante Diplomático de dicha nación con el carácter de Encargado de Negocios, y Presidentes del Ecuador y Costa Rica, señores Dr. José María Velasco Ibarra y Licenciado don Teodoro Picado M., en el orden citado—, los siguientes señores: Joaquín García Monge, General Jorge Volio, Hernán Peralta Quirós, Licenciado Daniel Quirós Salazar, Señorita Elsa Orozco Carrillo, José María Orozco, Francisco María Núñez, Alfredo Cadena, Carlos Zevallos Menéndez, Juan Cabezas, Ingeniero Miguel Angel Muñoz e Ingeniero Carlos A. Reyes Cajas, con el objeto de dejar constituído el *Centro Costarricense-ecuatoriano de Cultura.*

Una vez instalado el acto, el señor Gustavo Monroy Garaicoa, dió la bienvenida a los asistentes manifestando su complacencia y su agradecimiento por haber sabido corresponder al anhelo del pueblo y Gobierno Ecuatorianos en sus afanes de establecer las bases para el conocimiento mutuo entre estos dos países. Dijo también que, como representante diplomático ofrecía todo su apoyo para que el Instituto logre coronar con éxito sus ideales.

Acto seguido se dió lectura al plan que ha de desarrollar el Instituto el cual consiste en:

1º—Interesarse por dar a conocer el libro ecuatoriano.

2º—Ayudar en toda forma como sea posible a estudiantes costarri-

---

(45) El Primer Caín lo escribió Roberto Andrade. El segundo, réplica muy erudita y literaria de aquél, es atribuído a los doctores Rafael M. y Nicolás Arizaga.